

Los adolescentes, entre el heroísmo, la violencia y las leyes.

Beatriz Janin

Psicóloga – Psicoanalista - Presidenta Forum Infancias

Hay muchas adolescencias y muchos modos de transitar esta etapa pero todo adolescente está regido por pasiones, terrores y lógicas diferentes a las de los adultos y a las de los niños y confundir el modo de pensar, las reacciones y funcionamientos de los adolescentes con los de los adultos nos lleva por un camino complicado.

Todo adolescente tiene que “reapropiarse” de su identidad, ir armando su “ser alguien en el mundo” y así va cambiando ropajes y mudando formas, probando diferentes modos de ser.

Esto, que lo tenemos generalmente claro con todos los adolescentes, parecería confundirse cuando se supone que hay adolescentes (los de las clases acomodadas) y “menores” para los que no se suponen ninguna de estas lógicas. Es decir, son sujetos a los que no se les reconoce su identidad como personas en transformación, en un recorrido de búsquedas y desencuentros. Se los piensa ya definidos para siempre y se los estigmatiza.

En el pasaje de la niñez a la adolescencia una cuestión clave es el lugar de la sociedad. El niño puede sentirse siendo alguien si tiene el apoyo de los padres. A un adolescente esto no les es suficiente; necesita la mirada valorizante y el sostén del contexto social, en el momento en que desea desasirse de las figuras parentales.

No sólo tiene que desasirse de esas figuras sino que tiene que vencerlos, es decir, mostrar que puede conquistar nuevos territorios.

La adolescencia es un momento de resignificación en el que los apoyos externos pasan a ser fundamentales. Es el mundo el que tiene que ayudar a sostener el narcisismo en jaque.

Esto hace pensar que el modo en que transiten la adolescencia dependerá en gran medida de que encuentren esos reaseguros en el mundo externo y a la vez que el contexto les ofrezca un espacio de sostén y despliegue de posibilidades. Escuela, club, grupo de amigos son los sostenes narcisistas imprescindibles.

Entonces, la realidad socio-cultural es determinante en los avatares de la adolescencia, que quizás sea la época de la vida en la que el contexto social tenga más importancia.

Si él y su familia están regidos por urgencias del orden de la necesidad y no hay lugar para el armado de deseos, si los apremios de la vida son tales que anulan posibilidades de soñar, ¿cómo armar esa capacidad de “ensoñamiento”, de fantasía imprescindible para el devenir adolescente?

Al tener que abandonar a los padres como modelos, necesita encontrar otras figuras. Pensemos cuáles son los héroes que propone la sociedad actual. Suelen ser sujetos que están signados por el éxito fácil y por la visibilidad, ambas cuestiones que a muchos les están vedadas. De acuerdo a los valores de hoy, se considera que todo niño y adolescente tiene que ser un gran consumidor y un futuro productor y se lo empuja a un supuesto “éxito”, lo que promueve actuaciones reiteradas.

Una de las cuestiones que caracterizan al contexto actual es la reificación del consumo. Y a la vez la urgencia, no hay tiempo de espera sino que todo tiene que ser inmediato. Se suprime la idea de futuro diferente y todo se da en un “ya ahora”. ¿No se dificulta el

sostenimiento de deseos y se promueve la impulsividad con estos valores?

A la vez, tal como dice Joyce Mac Dougall, se han creado “neonecesidades” que revelan la confusión entre la necesidad y el deseo, y que suponen una denigración del deseo mismo. Tener el mejor celular no es ya un deseo sino que aparece como necesidad y hace al ser. Esto crea una confusión importante, porque las señales de pertenencia de esta sociedad se ligan al consumo de determinados objetos.

Si cuando el sujeto en crecimiento busca un exterior a sí y a su entorno familiar que le garantice un lugar se encuentra con una amenaza de ser destituido como ser pensante, con el mandato social de someterse a la explotación y a la exclusión, ¿qué respuestas puede acarrear esta propuesta?

Y un problema grave que tenemos con muchos adolescentes es que son invisibles para nosotros, que podemos pasar al lado sin verlos y que no salen en los diarios ni cuando mueren. La única forma en que se hacen visibles es la violencia.

Sabemos que lo más insoportable para un niño es no ser mirado ni atendido. Para un adolescente, el ser “ninguneado” socialmente lo deja en un lugar insufrible. En la era de la visibilidad, en que se supone que existir es aparecer en los medios, hay chicos que no hay sido nunca registrados como tales, son invisibles para la sociedad. Así, se matan chicos todos los días con el “gatillo fácil” y eso no sale en los diarios. La única forma en que se hacen visibles es la violencia. Si ellos matan a otro, si lastiman a otro, allí sí pasan a ser tapa de los diarios y salen en la televisión. Yo me he ido enterando de modo casual de situaciones de violencia extrema

contra los chicos. Por ejemplo, ya hace unos años, un grupo de seguridad de la empresa que junta la basura en la CABA corrió a tiros a niños que buscaban cosas en el lugar en que la empresa acumula la basura. Si la vida de esos chicos vale menos que la basura, por qué ellos tendrían que valorar la vida ajena y su propia vida? Si una sociedad privilegia los bienes materiales por sobre las personas es una sociedad que condena a niños y adolescentes a la desprotección y a la violencia, como vía para ser alguien.

¿A cuántos adolescentes mata la policía en los barrios carenciados y nadie se entera?

El año pasado, en un acto en defensa de las orquestas y coros infanto-juveniles, una señora vestida con un delantal de maestra de jardín de infantes, me contó que había podido ir a escuchar a sus hijos (que tocaban en la orquesta) porque: “La policía mató a tres chicos detrás de la escuela hoy de madrugada. Eran alumnos y se decretó duelo”. Inmediatamente, me dijo (con lágrimas en los ojos): “Tienen que dejar que funcionen las orquestas. Por los chicos. Están tan entusiasmados y no se meten en cosas raras si están en la orquesta”. Es decir, suponer que el asunto es castigar más en lugar de crear espacios creativos, de apertura de futuro, es una posición insostenible.

Y quitarles derechos y culpabilizarlos por lo que todos generamos es una violencia social extrema.

Entonces, la reificación del consumo, más la búsqueda del riesgo, tan habitual en la adolescencia, ligados a la omnipotencia propia de la edad (“a mí no me va a pasar nada”), dan un resultado que puede resultar trágico. Es más, generalmente, el ideal de un adolescente es ser el héroe, el que transgrede, el que arriesga todo a cada instante, el que supone que todo instante es infinito.

También, muchos chicos sienten que tienen que reivindicar a los padres, a los que viven pasivizados o sumisos frente a la violencia del medio. Usar la violencia sería en esos casos un modo de salvarse pero también de salvar a sus padres y al grupo, a la vez que se posicionan como líderes.

Philippe Jeammett afirma que la violencia puede ser pensada como un recurso, generalmente autodestructivo, al que muchos adolescentes apelan frente al terror de verse desdibujados en un mundo en el que se suponen sin lugar. Sería un modo de forzar al medio, de declararse existente a través de una transformación del medio.

Es por eso que no son mayores castigos los que pueden modificar la conducta de un adolescente. Es más, a veces cuanto mayor sea el peligro, más pueden transgredir, en tanto ubicarse como héroes, como aquel que se anima a realizar la tarea que los otros no realizan, es una suerte de ideal adolescente.

Además, las leyes del mundo adulto no son confiables. Los adolescentes suelen armar sus propias leyes en relación al grupo de pares.

Dijimos que

La mirada social hacia los adolescentes es, desde hace mucho, la de “estar en guardia”. Hay que protegerse de ellos. Los adolescentes fueron, son y serán una amenaza para todo lo establecido, para los protectores de que nada cambie.

Lo único que permite que un adolescente transite esta etapa sin que las conductas auto o hétero destructivas prevalezcan es que haya podido armar un proyecto.

Proyectos y esperanza que nos ubican, desde una mirada diferente, en pensar al adolescente como alguien que crece, que va a los

tumbos, que descubre y cuestiona, que actúa por desesperación y porque siente que tiene que jugarse y mostrarse, que no teme a la muerte porque se considera inmortal y porque puede ser mártir o héroe y que deberá ir armando, en fin, a su manera, un mundo distinto al de sus padres, en lo privado y en lo público. Y que debe ser acompañado en ese trayecto.

Cuando el adolescente puede desplegar potencialidades e insertarse en un grupo que lo sostiene y acompaña, es frecuente que las peleas se circunscriban al ámbito familiar y versen sobre los intentos del adolescente de desasirse de la autoridad de los padres (esperando a la vez que ellos sobrevivan y no caigan bajo sus ataques). El afuera se preserva como lugar de despliegue vincular. Por el contrario, muchos adolescentes suponen que tienen que sostener a sus padres, reivindicarlos, en lugar de pelearse con ellos. Y la pelea allí se da en el afuera, en el intento de ese sujeto de mostrarse existente para el mundo y de salvar a los padres en un acto heroico y muchas veces sacrificial.

Entonces, si no hay actividades en las que supongamos autónomo a un chico de 14 años, si no lo dejamos votar, ni manejar, ni siquiera firmar su boletín de clases, si sabemos que los 14 y 15 años son las edades en las que los chicos entran habitualmente en crisis y es donde es más frecuente la deserción escolar, es decir si toda la adolescencia es una etapa crítica y esas edades son habitualmente el punto culminante ¿no tendríamos que plantearnos que en lugar de declararlos culpables y punibles sería más lógico usar todo el tiempo en que se discuten esas leyes pensando cómo hacer para que se sientan escuchados, para que puedan desplegar su creatividad, para que se sientan tenidos en cuenta socialmente y

puedan ir construyendo un lugar y, sobre todo, para que puedan sostener proyectos?

Pienso que lo único que puede posibilitar a un adolescente transitar esa etapa sin caídas graves en diferentes formas auto y hétero agresivas es que pueda armar un proyecto y que sea reconocido por eso. Y que sostenga esperanzas en el cumplimiento de ese proyecto. Y que se sienta perteneciendo a un grupo en el que puede ser incluido.

El castigo solo podría incrementar el riesgo. Y el riesgo es lo que el adolescente busca, lo que transforma un hecho banal en un acto heroico.

Y si el adolescente supone que tiene que ser un héroe, aquel que rompa con lo establecido, va a intentar cumplir con los mandatos de su grupo (no con los de las leyes oficiales).

Por eso cuando uno dice “fuera de la ley” podría preguntarse: “¿de qué ley se trata?” Muchas veces, leyes que los que las dictan no cumplen...

Hoy vemos que los adolescentes que no tienen contención ni esperanza ni buenas posibilidades educativas, a los que se les han vedado todos los caminos que les permitirían sentirse sujetos deseantes, son rápidamente culpabilizados.

Si un adolescente tiene que elegir entre ser toda la vida un simple eslabón de una máquina, si tiene que elegir entre ser explotado para beneficio de otros o realizar un acto violento de apropiación del mundo, es posible que elija esto último. Pero eso es una responsabilidad de la sociedad, no de los adolescentes.

La única salida es, a mi entender, prevenir los actos “fuera de la ley” responsabilizándonos todos y creando espacios en que haya posibilidades de soñar y concretar un futuro. Que puedan armar

proyectos realizables, en tanto la sociedad les de las condiciones de su realización y ayudarlos a construir futuro es lo que puede abrir un panorama diferente.